

El Quijote, caballero de la razón andante

Alejandro del Palacio Díaz

Dadme albricias, buenos señores que ya yo no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano.

DONDE SE PIDE LUZ PARA COMPRENDER AL QUIJOTE

Invocad los hados que saben de magos y encantos para recibir la luz, que Don Quijote ha muerto de pesadumbre y desengaño, vencido en combate y agobiado por el desamor; ha muerto como ninguno otro caballero andante lo ha hecho antes ni después, el Caballero de la Triste Figura ha muerto en su cama y en santa paz, envuelto en el mismo misterio de la ironía que llenó su vida. Murió vuelto a la cordura y la bondad mundanas, arrepentido de la locura santa que lo llevó por los caminos de La Mancha, Aragón, Barcelona, Sevilla y Zaragoza a enmendar entuertos para gloria y honra de su amadísima la bella Dulcinea del Toboso, a quien desde Sierra Morena, transido de amor canta: “día de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mis venturas”, mujer ideal en cuyas manos los granos de trigo trócanse perlas y por quien padece con deleite los mas acerbos sinsabores y lucha contra cuerdos y locos, para ganar perpetuo renombre que lo haga merecedor de tan sólo una sonrisa de agrado, centro de su vida, por quien todo lo emprende y todo lo renuncia.

Luz, como el inventor de Fausto reclama, para comprender por qué ante la muerte Don Quijote vuelve a ser el bueno de Alonso Quijano y por qué su fiel escudero, ahogado por la tristeza y el dolor le implora: “Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme a mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal a Rocinante, le han derribado...”

Luz, que los hados traigan, para comprender por qué al morir en la cordura Alonso Quijano en su casa, da vida eterna al Quijote en el mundo, por qué el siempre derrotado resulta finalmente vencedor que campea como ninguno otro caballero andante lo hizo en sus victorias.

Luz para comprender la proeza que realiza el Quijote a lomos del flaco Rocinante, compañero suyo de todos los caminos, y seguido de Sancho, su humilde y leal escudero.

Luz nos sea dada para hacer de la pluma lengua del alma y nos permita comprender en el corto espacio de la palabra el valor eterno de las hazañas sin número del señor don Quijote, para testimonio de su gloria.

DONDE LA DIALÉCTICA ACUDE EN AUXILIO PARA COMPRENDER

Así como el realismo es una necesidad del idealismo —o al contrario, según el principio de unidad dialéctica de los contrarios— Sancho es una necesidad del Quijote —o al contrario, según prefiere Kafka, con o sin dialéctica—, sin quien se perdería en el vacío y carecería de verdad y razón de ser. En ambos casos los contrarios se penetran para formar en su dualidad uno solo, cuya esencia se alcanza únicamente por la frágil fuerza de la razón, que como Rocinante, flaco y trabajado, está al servicio de una profesión que no siempre da para comer. Sólo por esta unidad, la ironía —obra ética de la dialéctica—, que desnuda la vida y la muestra en sus contradicciones inevitables para hacer visible el espíritu, proporciona a las andanzas del Quijote y el testimonio de Sancho, que conduce su maltrecho jumento con la ingenua astucia, indispensable a la razón

—según Hegel—, el sentido que los eleva a la dimensión de símbolo universal de la conciencia que vuelve sobre sí misma y se transforma en destino del hombre.

Así como el ideal toma forma y se hace objetivo en realidad hecha de barro, ésta escapa de su inmediatez, cobra sentido y se trasciende por el ideal, que al revelarla en su miseria señala la verdad que la espera y por la que será plenamente; es la promesa de que su sueño se cumplirá por obra de la conciencia que se sabe a sí misma.

Sancho sabe desde el principio que su futuro, unido al del Quijote, se desenvolverá entre los extremos de la vida y por eso correrá con su amo la suerte de ser un día apaleado y humillado y otro soberano, “un día desdichado y menesteroso y otro dueño de coronas de reinos”.

El Quijote y Sancho encuentran la verdad del hombre uno en el otro, en su obra y en su palabra, en la creación, por la que adquiere sentido; cada aventura y su desventura, cada victoria y su derrota, cada alegría y su tristeza, los funde y en su contradicción permanente se hacen a sí mismos, lo demás importa menos, es el *pre texto* y el *con texto* de su única esencia.

Los yerros y los pecados de Don Quijote los padece inevitablemente Sancho, a pesar de no poder participar en sus batallas, porque lo prohíben las reglas de la caballería andante, sin que constituyan obstáculo por el contrario, es condición necesaria, para que, a pesar de sí mismo y todas sus quejas y protestas, sin mediar injusticia alguna, las cosas sean así, no sólo porque lo ordenen las normas de la caballería, es otra ley, más profunda y universal, la que ha venido en auxilio para comprender el Quijote la que lo determina y Sancho, envuelto en su inocencia, no puede ignorarla.

DONDE SE DICE LO QUE SIGUE SOBRE EL QUIJOTE

El Quijote es, ya en sí mismo, una contradicción y una ironía que pone al descubierto la búsqueda de Sancho por ser en su ilusión su verdad propia. El Caballero de la Triste Figura personifica el ideal juvenil capaz de comprometer la vida a cada momento, porque carece de intereses creados y tiene todo por crear, lo mueve el afán que hace de la justicia una práctica cotidiana de vida, pero está privado de la energía y la gallardía —no de la dignidad— del héroe de la caballería andante, por eso su valentía mas heroica afirma la justicia con su derrota.

Ese mismo empeño de hacer justicia está presente en los juicios de Sancho y sólo por obra de la ironía resultan asun-

to de comedia, verdaderos únicamente para la mentalidad ingenua que confunde la realidad con la verdad, movida por la ilusión de ejercer el poder del gobierno que el ideal le entrega, para que en su nombre lo ejerza quien sea capaz de hacerlo desde la altura de un rucio, desde donde puede escuchar y ser oído para hacer la justicia que viene desde abajo con la razón que viene desde arriba, con la humildad propia de quien sabe que la merced recibida no se debe a sus méritos, sino la gracia del cielo y a la caballería andante, así sea en su delirio. Por eso Sancho merece para el Quijote, no sólo el gobierno de una ínsula, en su locura, sino el de un reino, en su cordura.

Al hacer de la justicia la más racional de las virtudes, un asunto de locura, fingido, y por obra de un palurdo corto de entendimiento que en la realidad padece su ausencia, la ironía del Quijote trae a la conciencia la paradoja de su necesidad de poder para ser impartida y su posibilidad de ser sólo cuando proviene, según la enseñanza socrática, de los gobernados, si juzgan conforme a la razón y no de acuerdo con los intereses creados y la ambición de dominio, cuya presencia es frecuente en los tribunales.

LA DIALÉCTICA Y LA IRONÍA CONTINÚAN EL ASUNTO DE LA COMPRESIÓN

La misma ironía de la que la dialéctica da cuenta se encuentra presente en la ceremonia de investidura del Quijote, celebrada lejos del templo y del palacio, de donde la santidad y la nobleza han sido proscritas, el manchego es armado caballero en una venta, especie de lupanar, donde se sacian vicios y señorea la lujuria, y a manos de un ventero, cuya rudeza representa mejor la hidalguía de la nobleza para la locura blanca del Alonso Quijano que se sabe y siente caballero.

No es distinto el caso de Aldonza Lorenzo a quien el Quijote —como hará también el romanticismo siglos después— llena de las virtudes femeninas máspreciadas, a quien, en su empeño heroico de hacerla mejor, convierte, de una joven sin gracia, soez y vulgar, dispuesta a tener trato sexual con quien sea, en princesa de sus amores, dueña de sus pensamientos, por quien está dispuesto a superar la hazaña de Amadís de Gaula, el más ejemplar de los caballeros andantes, que por el desprecio de su amada Oriana se torna en Beltenebros para llorar sus cuitas. Él, herido de amor, llorará por Dulcinea en Sierra Leona, pues su pasión no es cordura querer curarla “cuando los remedios son muerte, mudanza y locura”, que siguen a los desdenes, los celos y la ausencia.

Dulcinea es personificación del *eterno femenino* en cuya belleza ideal el hombre se hace mejor a sí mismo y encuentra su verdad, hecha realidad en la flor que desea más que al fruto. Frente a ella la actitud del Quijote no es en verdad distinta a la de su escudero, quien desea regresar a su hogar para cumplir con los anhelos simples y sencillos de su esposa, para quien la vida empieza y termina en los estrechos límites de su pobre casa.



Por Dulcinea el Quijote se lanza a enmendar entuertos y realizar hazañas, pero la razón de su amor heroico que eleva al ser amado –de quien sabe su verdad profunda– por sobre toda duda, carecería de sentido y se perdería, no por la vida disoluta de Aldonza Lorenzo –condición necesaria para su amor–, porque hiciera lo que hiciera y fuera cual fuera su respuesta a sus empeños de amor, el Quijote encontraría razones y argumentos para alabarla, sino por los reparos de Sancho, que no sabe de las cosas de encantadores y no echa de ver que todas las cosas que tienen que ver con caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos y todas son hechas al revés.

¿A QUIÉN HA DE DAR LECCIONES
DON QUIJOTE, SI NO A SANCHO?

¿Qué da vida a la materia si no la idea, sin la cual no es lo que es? ¿Qué da identidad si no la idea? Por eso el Caballero de la Triste Figura puede, sin arrogancia, decir que sabe quién es, a pesar de todos los embrujos y malas artes de Frestón, que distorsionan el mundo para los sentidos y engañan al ingenuo que los tiene por fuente de verdad, igual que los astutos sofistas.

¿A quién si no a Sancho ha de mostrar el Quijote la verdad que educa y guía, el saber que no es otra cosa que descubrir, desnudar la realidad que oculta la verdad? Pero también su contrario –sea la dialéctica de Heráclito, Hegel, Marx o Adorno– ¿A quien ha de escuchar Sancho si no al Quijote, que es una necesidad que emerge de él mismo, porque la realidad no puede ser sin (su) idea y menos sin espíritu? ¿Quién si no Sancho ha de querer saber ese saber, si sabe ya que sus sentidos lo engañan?

El realismo ingenuo de Sancho no es obstáculo para descubrir que sus sentidos lo engañan y son insuficientes para colmar las exigencias de su inteligencia rústica, pero despierta y que tras el mundo encantado encuentre el verdadero y descubra, por las enseñanzas del Quijote, que un ejército de héroes –entre quienes se puede reconocer a Alifanfarón, Pentapolín del Arremangado Brazo, Laurcalco, Micocolemo, Brandabarbarán de Boliche, Pierres Papín, Espartafileardo, Timonel de Carcajona, todos igualmente feroces y temibles– tome la apariencia de un rebaño de borregos y tras la valentía se halle la mansedumbre –o al contrario, según la dirección de la dialéctica.

Es esa necesidad –hecha apariencia de simple interés por la recompensa– la razón de la lealtad de Sancho a su amo, que le ha enseñado, a pesar de todas las malas pasadas, las palizas y el hambre, a ver, entender y comprender y es llevada a tal grado que ya no quiere apartarse de él, porque sin su presencia le viene el miedo y se llena de sobresaltos y visiones.

Del Quijote aprende Sancho que los cetros y las coronas de los emperadores no son de oro, sino de oropel, lujos de comedia, y reconoce que a su lado “las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas y cultivándolas viene a dar buenos frutos” y estar a su servicio ha sido para él una bendición para su agostado entendimiento.

Sancho necesita saber a dónde ir, el Quijote por dónde caminar, sin uno el otro se pierde, en un caso por carecer de rumbo y destino, en el otro por no saber sortear las trampas del camino; la realidad tiene por guía y destino a la idea, así como ésta arraiga en ella para no perderse en el vacío, donde el espíritu no habita y sin el cual la materia se desvanece en la nada.

¿Dónde si no en el mundo donde sueña Sancho gobernar tienen sentido los consejos del Quijote de que no lo ciegue la pasión propia en la causa ajena, que los yerros que en ella hiciera las más de las veces serán sin remedio y si le tuvieren, será a costa de su crédito y aun de su hacienda y a quien ha de castigar con obras no trate mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin las añadiduras de las malas razones?

¿Dónde si no para el mundo rudo y sin justicia que vive Sancho tiene sentido que el Quijote le aconseje juzgar de modo que hallen en él “mas compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia que las informaciones del rico” y que si acaso doblare la vara de la justicia, no sea por el peso de la dádiva, sino por el de la misericordia, que albergan los sentimientos comunes de quienes día a día padecen las prácticas contrarias del poder?

El Quijote sin Sancho no podrá llevar su locura mas allá de sus libros y su claustro, Sancho sin el Quijote no saciará las exigencias elementales de su vida cotidiana, quedaría atrapado en la inutilidad de su inteligencia estéril e insatisfecha y menos podría haber colmado su aspiración de gobernar una ínsula que, declara: “por grande que sea, yo me siento con fuerzas de saberla gobernar tal y tan bien como otro que haya gobernado ínsulas en el mundo”.

El Quijote y Sancho se son necesarios mutuamente para vivirse a sí mismos por no poder hacerlo uno sin el otro, Sancho sólo es por el Quijote, como éste lo es por Sancho. El Quijote es el destino de Sancho y Sancho la realidad donde la idea arraiga.

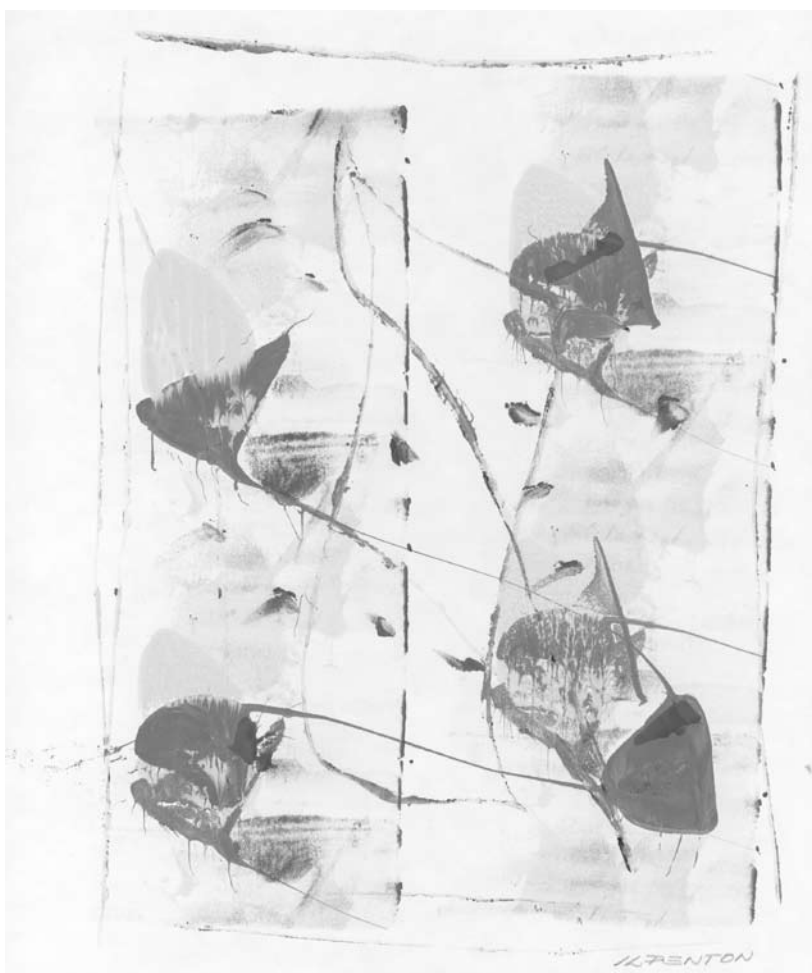
LA DIALÉCTICA ENFRENTA A LOS MOLINOS DE VIENTO Y AL CABALLERO DE LOS ESPEJOS

Si los molinos de viento son los enemigos gigantes que llaman a la lucha en pos de lo humano, que el mago Frestón trastoca para quitar la gloria de la victoria y negar las estrellas, o si no escon-

den nada y sólo ofrecen por desenlace el lodo y el dolor del cuerpo, depende no de la suerte del Quijote, sabedor de que “las cosas de la guerra, más que en otras están en continua mudanza” y para quien la derrota no es extraña, sino de que se sepa lo que en verdad esconden los molinos, sin que Sancho pueda intervenir en ayuda de su amo, pues es asunto de caballeros, cosa que él agradece, por ser de suyo pacífico y enemigo de meterse en ruidos ni pependencias. El asunto es de identidades, no de imágenes ni apariencias, igual que sucede con el combate del Caballero de la Triste Figura contra el Caballero de los Espejos, quien presume haberlo derrotado y a quien en verdad vence en combate, de la misma forma en que la identidad prevalece sobre la apariencia.

El Caballero de los Espejos traba combate con el Quijote con la idea de que al vencerlo lo redujera a quedarse en su casa “quieto y sosegado, sin que le alborotasen sus mal buscadas aventuras”, por voto común de las buenas conciencias preocupadas por la falta de cordura de su querido el bueno de Alfonso Quijano.

El triunfo del Quijote sobre el falso caballero andante —el bachiller Sansón Carrasco—, portador de imágenes invertidas de la realidad, negación de la negación, no es sino el de la identidad que se sabe a sí misma, de quien en su locura puede



afirmar con verdad: “yo sé quién soy”, sobre la apariencia que se refleja a sí misma en su falsedad, de quien en su cordura no sabe quién es y se pierde en el mundo y en su resentimiento, molido y humillado, promete venganza contra quien, loco y todo, parte contento y sano.

DONDE SE REAFIRMA LA IDENTIDAD DE DON QUIJOTE

Don Quijote es la razón andante, atenta y dispuesta siempre a cumplir su deber de ser guía de la conducta en el mundo donde el hombre es, por eso reconviene paternalmente a Sancho: porque nació para dormir, y él para velar y salió de su patria, del asiento seguro donde impera, y empeñó vida y hacienda para asistir a quien lo necesite, a los débiles y los abandonados, en busca de la aventura, de la que hace profesión para cumplir su destino y reivindicar lo que los caballeros fingidos han desacreditado. Su lucidez le permite saber que contra la verdad y la valentía no hay engaño ni encanto que valgan, que en cualquier momento pueden aparecer enemigos visibles e invisibles dispuestos a acometerlo bajo cualquier apariencia y lugar, que se podrá negar la victoria e incluso el combate mismo, pero la decisión y el esfuerzo nunca.

Sancho, por su parte, sabe que el empeño de su señor y guía no es locura, sólo atrevimiento, valentía que en todo caso prefiere la osadía a la cobardía, que don Quijote no la escatima a pesar de estar armado tan sólo de una espada no muy bien templada, un escudo de no muy limpio ni reluciente acero y un yelmo que parece bacía de barbero. Comprende, y por eso lo sigue y sirve, que sus obras dan testimonio de que puede parecer un disparatado ante la prudente medida de la bonhomía —como la del Caballero del Verde Gabán—, pero por encima comprende que es más valioso el caballero andante que combate lejos de la pompa y el esplendor de las cortes y los reinos, ante reyes y damas, donde se reconocen y premian las hazañas, el caballero que en su locura busca la aventura en los desiertos y las soledades, en las encrucijadas y los más intrincados laberintos, el que con denuedo acomete a cada paso lo imposible.

El Quijote sabe, además, que su multiforme presencia le permite —como a Proteo, otro símbolo de la razón— transformarse a voluntad y ser él mismo en el Caballero de los

Leones, para dar nuevo testimonio de que su palabra y acción son guiadas por uno solo y el mismo principio y hacen de su vida poesía y virtud que se sirve de la verdad para mostrarla en su belleza, la belleza que perfecciona a la naturaleza y la viste de fantasía.

DONDE EL FINAL ES UN NUEVO PRINCIPIO Y EL QUIJOTE VUELVE A CABALGAR

Señor don Quijote, teólogo, jurista, médico, astrónomo y matemático, todo para ejercer el oficio de caballero andante, conecedor de la verdad que viene del cielo y practicante de la justicia que emerge de la tierra, curador de males del alma y el cuerpo, combatiente incansable, hombre entero, iluminado por tu locura santa, llena de amor y razón, a pesar de haber muerto oficialmente, según queda debidamente certificado y conforme a la ley inexorable de la dialéctica, hecha paradoja en la sonrisa melancólica de tu tristeza, custodiado, como en vida, por el celo de la fe y el saber, por el bachiller y el cura, pendientes de que tu locura no te perdiera. Sin que la cordura de las buenas conciencias lo puedan impedir, sigues recorriendo los caminos que empiezan en tu oscura tierra manchega y terminan en el horizonte claro que la imaginación llena con los anhelos del hombre, en el espacio sin fin de tu alma, incendiada por la locura de la razón, liberada de ataduras, incendiada y delirante. Sigues por esos caminos todos que forman el camino único del mundo, blandiendo tu espada y enmendando entuertos, para ventura y esperanza de quienes han sido reducidos a vivir en el infortunio, la desesperanza y el miedo y para alarma de los poderosos, cuya burla y desprecio no pueden ocultar su terror por verse arrasados por la vorágine de tu fuerza, ante el asombro de tu incrédulo e inseparable escudero, confortado porque al final de la historia continuas cabalgando, gallardo, sonriente y sereno, sin inquietarte porque hoy, igual que ayer y más que siempre, los perros ladren y tu voz sonora resuena diciendo: *cabalgamos Sancho*, igual que nunca. •

ALEJANDRO DEL PALACIO DÍAZ es profesor-investigador del Departamento de Derecho de la UAM Azcapotzalco. Entre sus publicaciones recientes se encuentran *Tetralogía de razón y justicia* y *El problema de la libertad*.